

Gloria Prado



Me escondí en una habitación enorme de muros blancos, muebles oscuros y cortinajes rojos, donde supe cómo era yo y no quedé descontento. Encima de una cómoda pesada estaba él, brillando como un estanque profundo y peligroso. No olvidaré jamás a ese estanque preso sobre una pared.

“La primera vez que me vi...” en *Andamos huyendo Lola*.

Entrar en el mundo mágico de Elena, la hechicera, la inteligente, la sensible, la fantasiosa, la memoriosa, conlleva no sólo esa exigencia contractual a la que cada texto de ficción obliga, sino el trascender todo límite sea espacial, temporal, de credibilidad, de conciencia, entre la vida y la muerte..., moverse del sueño a la memoria, de la fantasía a la nostalgia y hallar la posibilidad de volver siempre hacia aquello que se sueña, se añora, se fantasea, se teme... En el que los milagros no se hacen esperar, mas no son santos, ni dioses, ni seres extraordinarios siempre, los que los hacen posibles. Pueden ser niñas, el amor, los deseos, el miedo, el ansia de transgredir, la culpa después, las grietas en una pared... Por ahí se cuelan las posibilidades, se desconcierta el tiempo, se transmutan los espacios, la luz se asombra de sí misma y la mirada se escandaliza ante los girasoles gigantes, la sombra morada de las jacarandas, la noche cómplice que se extiende hasta las trancas de Cocula retando a la aurora, la casa solariega vibrante e iluminada por el temblor niño de los candiles o por el día en que unas niñas fueron perros. Mientras, Lucía Mitre desgrana anhelante y segura, las

perlas de su larguísimo collar, tan largo y paciente como su espera, y pregunta *"qué hora es"* sabiendo que Gabriel, su hermoso amante, llegará exactamente a las 9:47, como ella lo ha repetido, sólo para desaparecer de nuevo, invisible, dejándole su muerte y la certeza de su presencia: una raqueta de tenis, indicio idéntico a la piedra en la que se convierte Isabel y que sólo Gregoria e Itepec conocen o el testimonio del arriero sobre la huida milagrosa de Julia y su amante Felipe Hurtado; el duende, amigo de Estrellita Garro, quien junto con ella, observa y reprueba, sobre el tejado de la casa, la conducta de sus hermanas Leli y Eva; la hermosísima mujer de *"El Encanto, tendajón mixto"* que aparece y desaparece con todo y tendajón; Silvia y su hermana, muertas, presentes, deambulando en el jardín y en la *"Parada"* San Angel tras el sonido estruendoso de las cadenas que sujetan los portones del caserón; el primo-esposo de Laura cuyas huellas —escritas por la sangre que mana de sus heridas— quedan impresas en la cornisa de la ventana como reproche a la traición tlaxcalteca que es la misma de Laura. Mundo de vivos y muertos interactuantes, construido por mitos, recuerdos, nostalgias y evocaciones, espacialización del tiempo, simultaneidad concertante de los espacios, mundo totalmente posible en su imposibilidad lógica, florecido por el prodigio de la creación transgresora de tiempo y espacio, regado por el humor, abonado por el deseo de inmortalidad cumplido cabalmente. Pero no sólo por la letra escrita, por la literatura, por la configuración artística, sino también por la inscripción escrituraria de la vida propia en la prolongación de los antepasados familiares y literarios. En un hogar más que sólido viven Mamá Jesusita (la bisabuela) en camisón y Lidia (la tía Lili), como sucede con el abuelo (Tranquilino) y Saulo su hijo, el general villista, la tía Amalia, el tío Boni y la prima Anapurna en *"Una mujer sin cocina"*, o la abuela Francisca y otros, configurados por el recuerdo fiel de Itepec —que sólo es *"memoria y la memoria que de mí se tenga"*—, redivivos por la escritura que hace posible que lo que hoy ocurre, sean los *"recuerdos del porvenir"*. De esta forma, la vida y la muerte se fusionan haciendo imposible el fin de los tiempos, de las existencias, de las pérdidas.

De igual manera lo privado y lo público quedan articulados por la alianza indisoluble de un pacto sagrado. La vida familiar se supedita a una de sagas y actos heroicos aprendidos de la literatura, la historia y las leyendas populares en las voces a contrapunto de las nanas, nodrizas, criados, gente del pueblo que los conserva como su testimonio ancestral, su arraigo, su cuna-hamaca. Creencias, supersticiones, pensamiento mágico en idilio sincrético con el cristianismo, que se mecen cobijando con imágenes espejantes, deslumbradoras, la indefensión, la pobreza, el color oscuro de las pieles olorosas y retumbantes, trémulas por el dolor, el amor, la sensualidad y la ensoñación. Ambitos de lo privado y de lo público, engalanados por la singularidad: Felipe II persigue a las niñas desde el cuadro en el que está enmarcado en la sala, las paredes miran por sus grietas, la vida que en lo familiar se lleva es inusitada, los hijos se trepan a *Roma* y *Cartago* y hacen guerras, los adultos no se comunican, hay mujeres que viven solas, no hay reuniones familiares, se transcurre en un mundo de extraños en constante enajenación. Jamás se podrá decir que se trata, en este caso, de un proyecto literario costumbrista, intimista, rural o por el contrario, citadino, tal y como éstos se entienden, aun cuando los escenarios de las novelas, los dramas y los relatos se ubican en esos contextos. Itepec que es un personaje protagónico, es el pueblo físicamente, sus calles, sus casas, huertos y jardines, el burdel, el hotel, el parque; es

sus habitantes, su historia, su paisaje y finalmente no más que su memoria; el poblado español al que Consuelo vuelve tras muchos años de ausencia, se encarna en sus pobladores rústicos y salvajes, en la persecución, el hostal, el restorán y la anhelada casa junto al río de sus ancestros que se anima y abre para recibirla cuando cruza, muerta, el puente que a ella conduce. Madres providentes en el desamparo rubio y blanco, extrañas, oscuras, vibrantes; brujas terribles, sin embargo, como Luisa (*El árbol*), la criada de *Parada San Angel*, que poseen un conocimiento atávico, repetido, reaprendido, redescubierto y revivido en la ternura pródiga de sus pechos, de sus muslos fuertes, de una sensualidad amenazante solapada, pero asimismo en el tamaño de su maldad. Las otras, madres, criollas, de clases sociales más altas, aristócratas o con la pretensión de serlo, se mueven como sonámbulas, reprimidas, muertas, en un vivir enajenado, más muertas que los difuntos.

Existen fuerzas ocultas poderosas, que todo lo pueden, mandan, dirigen sin aparecer, sin revelarse, que mueven los hilos de vidas y destinos en forma absoluta. Son los perseguidores mayores, los que jamás dan la cara, los que generan el advenimiento del absurdo que protagoniza entonces, las historias, como ocurre en *Y Matarazo no llamó, Testimonios sobre Mariana, La casa junto al río, Andamos huyendo Lola, Reencuentro de personajes...* Y una vez en este punto, fácil resulta caer en la tentación de catalogar los relatos y los dramas de Elena en el casillero de la literatura fantástica ya sea de lo propiamente fantástico o de lo extraordinario o de lo maravilloso, puesto que en algunos casos se resuelve al final la situación con toda claridad en apariencia (*Reencuentro de personajes, La casa junto al río*) o en otros, surgen seres maravillosos, muertos vivos, brujos, o sucede que ocurren milagros, acontecimientos extraños, inexplicables... Sin embargo, es imposible aprehender, aprisionar, etiquetar, hacer entrar en un patrón la obra de Elena Garro, como acontece con ella misma. Sólo internándose en ese ámbito maravilloso, fantástico, extraordinario, autosuficiente, se puede ir construyendo sentidos, refigurando correlatos, armando mundos nuevos con la cotidianeidad sobrevolada, transmutada en sustancia superior, ajena a las exigencias del día y del estómago, de las formas y las conveniencias comunes. De la misma manera que ella lo hace, abandonándose al cúmulo de posibilidades que la literatura precedente otorga como fuente provisora, y haciendo trenzados de personajes, situaciones, historias intra e intertextuales, como ocurre con Verónica, Frank y otros, productos de aleaciones novelísticas de Scott Fitzgerald, Evelin Waugh y la propia Elena. Personajes insinuados, sugeridos en los textos primigenios, que crecen y se desarrollan tomando extrañas características —no por extrañas no vislumbradas— mientras ellos mismos se leen, en las páginas del antiguo y del nuevo texto, el de la escritora, quien a su vez, escribe y lee mientras los crea. O como ocurre también con Eva y Leli en su jardín paradisíaco, Lilith y Eva genésicas, recreando el mito de manera insólita.

Nos enfrentamos, pues, a un universo de ficción, extraño, insólito, siniestro, nutrido por temas y preocupaciones profundas como la pregunta por el ser, por el ser en el mundo, por la muerte, por la vida, por el sentido, nunca respondidas, nunca solucionadas, interrogantes permanentes que, paradójicamente, van construyendo, van dando sentido y una suerte de respuesta grotesca, sabia, inusitada, reconocible, aunque jamás definitiva, definitoria, exacta, precisa, ...

Mundo autosuficiente, poblado por fantasmas, recuerdos, realidades como sueños, sombras, anhelos, concebido en la sensualidad ornamental del barroco español, aquel de la Contrarreforma, monárquico, desbordante, inclemente, en apareamiento incontenible con el exceso mustio del imperio indiano violado y transfigurado por el engaño de la apariencia, en el gemelo idéntico de su modelo. Confluencia de culturas, de elementos, de creencias, de ornamentación y de discurso. Mexicanos locales, internacionales, en Europa, en Nueva York, en México, en pueblos y ciudades, buscando, huyendo, atesorando los recuerdos de sus vivencias, de sus miedos y deseos, paralizados en el eterno movimiento de la persecución, encantados, como en el juego, cuando el grito autoritario los detiene. Juego doble, el de la historia narrada y el del drama, que discurre y se engarza en ese solo movimiento lúdico, el del actuar y el del jugar, que después de todo son uno y lo mismo en el escenario del gran teatro del mundo.

Hacia varios días que de noche la casa de Eugenio cambiaba de lugar. De día estaba a espaldas de la avenida de los Insurgentes, de noche no sabía adónde la llevaban. Antes la casa había sido sedentaria, ahora se había convertido en andariega y vagabunda.

Y Matarazo no llamó...▽

